



**NORA EUGENIA  
RENERO ROMERO**

Me nombran Nora, una decisión que a mis cuarenta y cinco ciclos asumo y abrazo como propia, gracias a la escritura acompañada y a llorar sola, a veces quedito y otras con la garganta seca. Tal vez voy tarde a responder qué quiero ser de grande, porque pruebo despacio los puntos y

comas. Ya estudié, fui abanderada, aplaudida en escenarios académicos y de danza. Hice acordeones que nunca me atreví a sacar en exámenes. Improvisé respuestas rápidas por detenerme a ver cómo se separan las nubes, mientras me preguntaban con palabras que no cazaron mi atención. Acampé en la playa y vi cómo las estrellas pulsán y escuché cómo el mar arrulla y despierta. Ya organicé varias mudanzas e instalé estufas. Le perdí el miedo a prender el *boiler* y a cruzar las calles. Sentí cómo mi vientre crecía al ritmo de mi corazón, mientras esperaba a mi hijo. Le enseñé sus primeras palabras y él me regaló sus primeras miradas y risas. Aprendí a verlo crecer desde el respeto y la fe en él. Hoy, estoy en un libro, con las entrañas expuestas. Y sigo buscando. Por eso me robo momentos y la fotografía es mi mejor arma. Ella me llevó a las letras. De tanto robar, se lavaron muchas culpas y puedo atesorar el presente sin remordimientos. En mi vocación criminal me veo experta en escuchar. En recordar y tejer historias desde los silencios.

Y me gusta. Me gusta nombrarme Nora.

# LUNAS DE NORA

## LUNA DE JUNIO

*Nora, desde él*

Aunque cierre los ojos, la veo.

Ya casi se despierta. Es el momento de la mañana en que los pájaros que hacen nido arriba del domo se hacen notar. Los rayos del sol empiezan a resbalarse por el contorno grueso de la cortina y las sombras de la recámara de Nora se deslavan en grises y líneas más suaves, casi familiares. Mueve esa pierna derecha y ella dibuja otros trazos en su manta. No tarda en querer tomarla para cubrirse. Seguro tiene frío. Tengo apenas segundos para reconocerla en un juego de luces y sombras que de grises pasan a blancas, algunas a amarillas.

Cierro los ojos. La tengo a mi lado izquierdo.

Aún con los ojos cerrados puedo dibujar cuadro a cuadro cómo se estira sobre su almohada y busca los lentes en la cabecera: antes de conocerla ya tenía esa costumbre para no perderlos. «Ya ves que si los traigo, a veces, ni los siento» y encoje los hombros como niña sorprendida en una travesura, los toma con la mano derecha y sin ponérselos se sienta para dejar que su bata la abrace.

Abro un ojo.

Cuento los segundos para que su mano izquierda resbale por un valle de tela y me busque.

Me toca. Voltea y sonrío. La curva de su sonrisa encontró un punto: la coordenada justa donde se hunden sus mejillas y la lágrima de esa primera vez que nuestros ojos se encontraron una, dos, tres veces y más. Yo estaba muy asustado esa tarde, perdido, no sabía cómo fui a dar a esa calle sola y tan gris. Supongo que por eso no recuerdo el